

El decrecimiento como solución a la crisis^α

SERGE LATOUCHE*

RESUMEN: Elaborado por Latouche, sin duda, uno de los más destacados representantes de la nueva corriente del pensamiento socioeconómico mundial denominada *teoría del decrecimiento* –cuya perspectiva ya no habla sólo, como el Club de Roma, de crecimiento cero, sino francamente de decrecer, para empezar en los países del Norte–, este ensayo presenta de modo sumamente pedagógico los profundos límites del discurso promotor del crecimiento y del desarrollo, revelando, además de su inconsistencia epistemológica por trasladar una visión de la Biología a la Economía sin asumir sus consecuencias, su incoherencia radical ante una la crisis global cuya tendencia apunta a agudizarse en el siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: decrecimiento, desarrollo, crecimiento, crisis.

ABSTRACT: Prepared by Latouche, no doubt, one of the most prominent representatives of the new current of thought global called *degrowth economics* –whose perspective speaks not only, as the Club of Rome, of zero growth, but frankly of degrowth, in first place in countries of North–, this paper show, with a very pedagogical way, the profound limits of discourse promoter of growth and development, revealing, in addition to its epistemological inconsistency by transfer a vision of biology to economics, its inconsistency radical before to a global crisis which tendency aims to intensify its effects in the twenty-first century.

KEYWORDS: degrowth, development, growth, crisis.

Hoy profundizaremos en un aspecto que es la clave del decrecimiento: la *descolonización del imaginario del crecimiento y del desarrollo*. Tenemos que saber cómo se dio la colonización, es la clave del problema.

Todos sabemos que existen estrellas muertas, de las que seguimos recibiendo la luz. Se sitúan a millones de años luz, sabemos que han explotado, pero sigue llegando su luz, aunque no existen. Sucede lo mismo con el crecimiento y el desarrollo. Las condiciones ecológicas, geológicas e históricas que hicieron posible la sociedad de crecimiento –la sociedad que nació en Occidente hace unos 200 o 300 años y que se propagó hasta mundializarse, sobre todo a partir de los años ochenta– ya desaparecieron. Ni siquiera nos dimos cuenta. Desaparecieron tal vez en los años setenta, con lo que se ha dado en llamar la crisis del fordismo. Más o menos, en el momento en que salió el primer informe del Club de Roma que se

^α *Mundo Siglo XXI* agradece a la Dra. Rosalba Casas Guerrero, Directora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; a Enrique Leff, Coordinador del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA); a Miguel Valencia, Coordinador de la Red Ecologista Autónoma de la Cuenca de México, y a René Torres Bejarano, profesor-investigador de ESIME-IPN, el apoyo brindado para acceder a esta importante conferencia impartida por Latouche en el IIS, el 5 de marzo de 2010, y su interés para que fuera publicada en nuestras páginas.

* Profesor Emérito de Ciencias Económicas de la Universidad de París XI. Presidente de La Ligne d' Horizon y del Instituto de Estudios Económicos y Sociales por el Decrecimiento Sostenible, fundado por Nicholas-Georgescu Roegen. Edita junto con Casseurs du Pub, la revista *La Décroissance (Journal de la joie de vivre)* que también cuenta con una redacción en Italia. De entre su extensa obra, destacan *L'Occidentalisation du monde* (La Découverte, 1989); *La Planète des naufragés* (La Découverte, 1991); *L'Autre Afrique, entre don et marché* (Albin Michel, 1998); *Justice sans limites* (Fayard, 2003), *Survivre au développement* (Mille et Une Nuits, 2004) y *La apuesta por el decrecimiento: cómo salir del imaginario dominante?* (Icaria, 2008).

llamó *Los límites al crecimiento*. Después, no nos dimos cuenta porque entramos en una burbuja especulativa y financiera, que vivimos después de los treinta años de apoteosis que fueron de 1945 a 1975. Los años siguientes vivimos lo que, en Francia, llamamos los *treinta desdichados*. Años en los que los especuladores vivieron en la gloria y el crecimiento fue totalmente ficticio. Quedó claro, por lo menos, desde el 16 de septiembre del 2008, con el quiebre del banco de inversión Lehman Brothers, uno de los más grandes a nivel mundial.

Pero, pese a que esas condiciones ya no existen, seguimos viviendo en el imaginario del crecimiento y del desarrollo. Para descolonizar este imaginario, para construir un futuro sustentable que permita a la humanidad sobrevivir a las catástrofes que nos amenazan, es decir al cambio climático, la extinción de las especies, la pérdida de la biodiversidad, el fin del petróleo, etc., tenemos que entender cómo fue construido. Su construcción tiene que ver con dos niveles interdependientes.

En un nivel hay que decir que hemos sido colonizados por palabras. Mi amigo Ivan Illich hablaba de las *toxic words*, es decir las palabras tóxicas: las palabras crecimiento y desarrollo formaban parte del diccionario de las palabras tóxicas. Vivimos con palabras fetiches como progreso, desarrollo, crecimiento. Estas palabras fetiche son palabras que ya ni siquiera cuestionamos. Deberíamos preguntarnos progreso de qué, crecimiento de qué, para quiénes, desarrollo de qué y hasta qué punto.

Por doquiera en el mundo existen partidos políticos del progreso, café del progreso, hotel del progreso. Progreso de qué: progreso de la contaminación, de las catástrofes. ¿Por qué no? Ya ni siquiera cuestionamos este flujo.

Ivan Illich es una de mis fuentes de inspiración; la segunda, muy importante para explicar este término de imaginario, es el gran filósofo, que murió hace algunos años, Cornelius Castoriadis. Autor de un libro extraordinario: *La institución imaginaria de la sociedad*, donde demuestra que la realidad se construye primero del imaginario y luego se actualizan las prácticas.

Se trata de descolonizar el crecimiento y el progreso, pero ¿de dónde vienen estas palabras? De hecho, son metáforas extraídas de la biología evolucionista. Por supuesto, son utilizadas por Darwin, aunque ya mucho antes las utilizaba Lamarck, en 1875. Los biólogos, que estudian a los animales y a los organismos, ven que se modifican a través del tiempo y que, generalmente, se vuelven más grandes. Este hecho es justamente lo que los biólogos llaman crecimiento, pero al volverse más grandes, generalmente, se transforman. Las semillas de amaranto que se cultivan no se vuelven enormes semillas sino que se vuelven plantas, dan frutos. Se transforman, esta modificación cualitativa

de los organismos, a través del tiempo, es el desarrollo. En consecuencia, en biología, podemos definir al desarrollo como la transformación cualitativa del crecimiento.

Los economistas adoptaron esta metáfora en su disciplina. Podríamos considerar que la economía, incluso la sociedad, es como un organismo que sufre transformaciones a lo largo del tiempo. Transformaciones cuantitativas para el crecimiento y cualitativas para el desarrollo. Sin embargo, aquí reside el problema: la economía y la sociedad no son organismos. Esto es sólo una metáfora. Los organismos si crecen, se desarrollan, llegan a una madurez y mueren. Los economistas no pensaron que el organismo económico y social si crecía y se desarrollaba, tendría que llegar a madurar y, por supuesto, tendría que morir. Por otra parte, habría que saber qué es lo que crece y qué es lo que se desarrolla.

Cuando esto empezó a instrumentarse en Occidente, a partir de la época de las luces, alrededor del siglo XVIII, parecía evidente que el progreso era la felicidad. Esta era una idea nueva en Europa, ya que, antes la sociedad estaba dominada por las creencias religiosas, era una sociedad en parte comunitaria y, por supuesto, había concepciones de felicidad, pero era beata y estaba prometida en otro mundo, en el más allá, después de la muerte, sin embargo, generalmente, se trataba de la felicidad colectiva.

Los primeros filósofos economistas de las luces, los filósofos italianos, napolitanos, en particular Genovesi, hablan de la felicidad pública, mientras que en Francia y todavía más en Inglaterra, los conceptos de bienestar y felicidad son individuales, además son materiales. Y la beatitud se acabó, la felicidad es terrenal e individual.

Los economistas descubrieron que la felicidad se puede medir, como es material se puede entender físicamente, tiene que ver con cantidades de objetos que finalmente se venden y se compran, o sea, son cantidades de mercancías. Así, llegamos a la idea de que la felicidad la genera el bienestar material y que esto era sinónimo de poseer mucho. A partir de este momento se inauguraron lo que podemos llamar los juegos olímpicos de la sociedad humana y, después de la Segunda Guerra Mundial, se inició la competencia para ver quién tenía el mejor PIB. Se hizo una clasificación, hasta arriba está EU, le siguen los países de Europa, hasta abajo está África y, más o menos, por en medio se ubica México.

Lo interesante reside en que los economistas transformaron la felicidad en PIB. El PIB no quiere decir estrictamente nada. Habría sido interesante, eventualmente, calcular un Producto Interno Neto. El Producto Interno Bruto incluye todo lo que es producido, comprado y vendido: las medicinas, los venenos, las drogas, etc. Si se produce cosas que enferman hay que comprar todavía más

medicinas y esto aumenta el PIB. En cambio, el Producto Interno Neto supone que se deduzca la *amortiguación*, pero los economistas no saben calcularla y la dejaron de lado. La amortiguación es lo que es destruido en el proceso de crecimiento. Para producir hay que usar máquinas que se usan pero no son eternas. Hay que utilizar recursos naturales que tampoco son eternos ni infinitos, en particular recursos no renovables. Esto habría planteado muchos problemas, ya que, si hubiéramos calculado el Producto Interno Neto nos habríamos visto obligados a tomar en cuenta el petróleo que estamos quemando y no es eterno.

De acuerdo con la concepción de los economistas, se redujo la felicidad a una simple categoría de productos mercantiles. A posiciones materiales que no dicen en absoluto si somos felices. A partir de los años setenta, siguió creciendo el PIB estadístico, pero el bienestar real de la gente no, es decir, que los costos del crecimiento se volvieron superiores a sus beneficios. Hay que pagar cada vez más para reparar los daños producidos por el crecimiento: los daños a la salud, por ejemplo. Aquí en México tienen una contaminación terrible, la gente tiene enfermedades pulmonares, cáncer, ganan más dinero, pero tienen que pagar mucho a los médicos y al final de cuentas tienen un salario superior pero una calidad de vida que es cada vez menor. Conforman el crecimiento de lo que los economistas llaman las utilidades, que no son forzosamente útiles e incluso pueden ser nocivas. Por eso, el terremoto de México, en 1985, fue fantástico, porque estimuló el crecimiento. En este sentido, podemos recordar lo que decía la actriz estadounidense Mae West: “cuando soy buena, soy buena, pero cuando soy mala soy todavía mejor”. El crecimiento es así, cuando es un crecimiento positivo, se crean libros, se producen comidas, etc, es formidable. Pero cuando hacemos la guerra o existe destrucción es mucho mejor. La industria funciona y hay más ganancias.

Crecimiento de qué y hasta dónde, esto es lo que los economistas, al transferir la metáfora del organismo a la economía, olvidan. Desconocen los límites. El crecimiento sin límites es una fantasía, un absurdo. Basta con pensar que si siguiéramos creciendo incluso con una tasa de dos por ciento al año—que a todos los políticos les daría pena, lo que revela que, pese a sus diferencias, entre ellos existe lo que cabe llamar un “terrorismo de intereses compuestos”—, significaría 160 mil millones de dls. Imaginense nada más, como ya estamos en la contaminación en México multipliquen esto por 160 mil millones. Claro es impensable un mundo así. Incluso con una tasa más baja de siete milésimas, de todas maneras, esto multiplicaría el producto y en cien años lo duplicaría. El planeta no puede soportar la duplicación del PIB por una razón sencilla: se ha rebasado en 50% la capacidad de regeneración de la biosfera.

En fin, nuestro imaginario ha sido colonizado sin que nos diéramos cuenta, paulatinamente, con la ideología del crecimiento.

El segundo nivel que comentaré tiene que ver con las cosas. Es necesario en este punto desmitificar el gran relato del crecimiento occidental, donde hubo una burbuja especulativa intelectual. La sociedad occidental produjo este mito, pero lo tenemos que entender para analizar la verdadera naturaleza del crecimiento y del desarrollo.

Este gran relato occidental empieza con las Cruzadas o cuando llegó Cortés a Veracruz, pero vamos a limitarnos al inicio del siglo XVIII, ahí fue cuando las cosas tomaron coherencia y consistencia con lo que llamo el sueño de Adam Smith. Para fijar fechas, voy a tomar una simbólica, 1776. Que es, al mismo tiempo, fecha de la independencia de Estados Unidos y de la aparición de lo que se considera el libro fundador de la ciencia económica *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith. Un libro representativo de la creencia occidental de la época de la Ilustración.

¿Cuál es el mensaje o el sueño de Smith? Hasta ese entonces se pensaba que las pasiones humanas tenían que ser canalizadas y dominadas—los griegos nos lo enseñaban— a través de la tragedia. Se sostenía que el hombre está dominado por una especie de locura. *Hybris* llamaban los griegos a una especie de desmesura. El problema consistía en poner un límite a la desmesura del hombre para que no destruyera la sociedad. Eso contaba la tragedia griega. Estas pasiones—que, a veces, se les llamaba pasiones tristes, como la avidez, el egoísmo, la sed de poder y de riqueza— y su ambición desenfrenada, se tenían que canalizar y limitar.

La idea aparece antes de Adam Smith, luego él la retoma en su texto de la mano invisible para sostener que, al contrario, hay que desencadenar las pasiones. Hay que darles libre curso. Porque cuando cada quien busca sus intereses más sólidos, más personales, más egoístas, ahí justamente es cuando se va a generar la felicidad colectiva con base en la producción de riqueza para todos.

Aquí es donde se inicia el mito que los economistas después teorizaron en su lengua sagrada que es el inglés—de modo similar al hecho de que la Iglesia tiene su propia lengua sagrada que es el latín— denominando a eso *trickle-down effect*, que quiere decir *efecto de difusión* o *percolación*. Existen textos admirables, casi poéticos, de los economistas tecnócratas relativos a este mito. Tienen una imagen de barcos en el agua, enormes para representar a los países ricos, pequeños para los países pobres—como los africanos— y medianos para países como México. Cuando sube la marea, suben todos al mismo tiempo, como sucedió en los *trente glorieuses* (los treinta gloriosos). Todos los barcos suben, los ricos se vuelven más ricos y los pobres

también se vuelven más ricos. Los países desarrollados se vuelven todavía más desarrollados, pero nunca llegan a ser suficientemente desarrollados. Siempre he oído a los políticos de mi país decir que es urgente modernizar Francia, pero desde hace 200 años no dejamos de modernizarnos y nunca llegamos a ser realmente modernos.

¿Cuál va a ser el límite?, No se sabe porque esto es una ilusión. Un sueño, que no tiene que ver nada con la realidad. En el siglo XIX, los grandes barcos subieron pero los pequeños se resintieron. La burguesía inglesa se enriqueció enormemente pero el pueblo inglés vivía en condiciones verdaderamente espantosas. Los campesinos fueron despojados de sus tierras, se volvieron vagabundos, y los artesanos también quebraron. Como esto no bastaba para que los ricos se volvieran más ricos, también los tejedores de la India fueron destruidos. Marx mismo señaló que “los huesos de los tejedores de algodón blanquearon las llanuras de la India”. Basta leer *Oliver Twist* de Charles Dickens que da testimonio de la condición obrera. Nunca en la condición humana un pueblo había conocido situación semejante. Murieron tantos, sin embargo, esto no se menciona en los libros de historia. Se habla de la Revolución Industrial como una experiencia maravillosa que hizo que conociéramos el confort, la felicidad y el crecimiento. El crecimiento es de los ricos y punto. En consecuencia, la teoría de Smith es utopía liberal.

Pero sucede en la historia, como hoy como con el proyecto del decrecimiento, que existen utopías para los marginales y que, a veces, las utopías se vuelven realidad. Muchas cosas se hicieron en un siglo para que el crecimiento se volviera realidad; espero que el decrecimiento se convierta en realidad porque no nos podemos tardar un siglo, si no todos estaremos muertos.

Al cabo de un siglo, el sistema capitalista se transformó, y se volvió un sistema termointustrial, es decir fundado en la potencia del fuego. Una energía fantástica que permitió la existencia de la máquina de vapor y, con ella, llevó a aumentar la cantidad de metros de textiles que salían de la manufactura de Manchester. El aumento fue tan grande que los ricos pudieron consumir más ropa, incluso los pobres pudieron mejorar sus niveles de vida y elevar un poco su consumo al menos en Occidente, pero los hindús no. Los proletarios ingleses –puesto que los campesinos y artesanos se volvieron proletarios– comieron un poco mejor, vistieron un poco mejor, pero seguían siendo mal pagados. No pueden comprar todo lo que se produce y cuando el desempleo crece el sistema se bloquea. Periódicamente estallan crisis de sobreproducción, que generan a su vez millones de desempleados. Son auténticas tragedias. Después, todo vuelve a empezar. Sobre todo, se soluciona con una buena guerra, o una expedición a México para instalar un emperador. Hay

que hacer funcionar la industria, hay que vender armas, así se crean empleos y los proletarios comen un poco mejor durante algunos años. Luego, viene una nueva crisis.

El sistema conoció esta utopía economista liberal gracias al carbón y la máquina de vapor. No sólo los burgueses, incluso los líderes de los proletarios terminaron por creer en ella. Su imaginario fue completamente colonizado por la ideología del crecimiento y el desarrollo. De hecho, actualmente los defensores más ardientes del crecimiento y el desarrollo no son los capitalistas o los especuladores, son los sindicalistas y los obreros. Cuando ya las víctimas mismas son favorables a la teoría que permitió su propia opresión, quiere decir que se volvieron sus propios colonizadores, se volvieron tóxico-dependientes del sistema consumista.

Un sistema que encara su crisis gracias a una invención genial: el *marketing*. Que descansa en tres mecanismos que nos incitan al crimen: la publicidad, el crédito y la obsolescencia programada. La publicidad hace desear lo que no tenemos para dejarnos siempre insatisfechos, siempre queremos más, este es un elemento fundamental del sistema. Después del armamento, para el cual se destina un millón y medio de millones de dólares al año, para la publicidad se gasta, más o menos, 500 mil millones por año. Se destina muchísimo dinero para la publicidad y funciona. Y el crédito nos permite seguir consumiendo cuando ya no tenemos medios. Mientras la publicidad nos incita a consumir, el crédito nos permite, incluso si estamos desempleados, seguir consumiendo y endeudándonos hasta que los préstamos se desmoronen. En consecuencia, no se puede decir que la sociedad de consumo sea una sociedad feliz, es una sociedad de frustración. Se requiere que siempre estemos frustrados para desear siempre más. Acabamos de comprar algo con muchos ahorros pero no basta, ahora hay que consumir el nuevo producto, y cuando lo tenemos ya va a estar rebasado y vamos a querer otra cosa.

Esto sucedió, en agosto de 2007, con la crisis de la “burbuja inmobiliaria”. Es decir, la crisis de los títulos de crédito de gente que no es solvente, o lo que podemos llamar los títulos podridos, de personas que se endeudaron para adquirir su casa y que podían pagar volviendo a venderla mientras hubiera un mercado inmobiliario, pero cuando este mercado empezó a derrumbarse todo se desmoronó y, finalmente, quebró el banco Lehman Brothers.

El crédito es el segundo motor del *marketing* y funcionó muy bien después de 1975. Permitted un crecimiento ficticio, gracias al genio diabólico del presidente de la banca federal de EU, Alan Greenspan. Todo mundo lo culpa, pero en cierto momento más del 50% de la población era dueña de acciones, era considerado como un dios. Cuando no había crecimiento, creó la ilusión del crecimiento durante 30 años, y la gente quería que la ilusión continuara. El crecimiento ya se acabó,

lo único que se puede producir es la ilusión del crecimiento. Al sueño se le han inyectado miles de millones de dólares para volver a poner en marcha el próximo sueño del crecimiento, esto hasta la siguiente quiebra que no va a tardar.

La tercera incitación al crimen viene de la obsolescencia programada. La sociedad del crecimiento produce objetos maravillosos, es fantástico. La lavadora, la computadora, la televisión y tantas otras cosas, pero en tres años ya no funcionan y ya no se pueden reparar. De mi computadora me dijeron: le va a costar más caro repararla que comprarse una nueva, además hay promociones y rebajas; cómprese un disco nuevo, aunque tal vez no va a ser compatible con las tarjetas madre. Siempre vienen de China y tienen un precio irrisorio, claro están hechas por gente a la que no se le paga casi nada. Resultado, cada mes hay 800 barcos que se van llenos de computadoras a Nigeria. Bastaría repararlas pero las llevan la basura, ya que, en Nigeria pueden hacer cualquier cosa.

Cabe agregar que las computadoras contienen metales muy especiales. No se dice mucho al respecto. También los celulares existen gracias a un producto llamado coltan que sólo existe en Congo y cuya obtención genera masacres. Las compañías internacionales, como Nokia, hacen que las distintas tribus africanas se masacren entre sí para controlar el coltan. Si ustedes ven bien su teléfono hay sangre congoleña escurriendo de él.

Estos aparatos contienen metales muy escasos que en algunos años, 50 cuando mucho, ya no van a existir. Pero en vez de reciclar, en Nigeria, lo entierran, contamina los mantos freáticos y hace que los niños mueran de cáncer. Este sistema nos lleva directo a la catástrofe.

Lo que ayudó mucho a la sociedad de consumo fue su arma de destrucción masiva: el petróleo. El carbón no está mal porque creó la máquina de vapor, pero el petróleo es todavía mejor. Gracias al petróleo los europeos disponen como de 50 y los estadounidenses como de 150 esclavos mecánicos. Los romanos más ricos tenían 50 o 100 esclavos. Cada vez que se llena el coche de gasolina para salir de vacaciones es como si se utilizara el trabajo de un obrero que gana el salario mínimo durante cinco años. La potencia energética del petróleo podría explicarse, a grandes rasgos, con la equivalencia de que 30 litros de gasolina corresponden a cinco años de trabajo de un obrero. Es lo que hace que un colega americano, Richard Heinberg, que escribió *The Party's Over*, es decir la fiesta se acabó, señaló que el crecimiento salió de los pozos petroleros y se detendrá con ellos. Cada vez va a haber menos gasolina y ya no se va a poder aumentar vertiginosamente toda esta energía, como lo hemos hecho hasta ahora.

Nos han hecho creer en el gran relato de que la historia actual puede ser eterna, pero este periodo ha sido un paréntesis en la historia humana. Todas las sociedades humanas

han vivido metabolizándose con su medio, relativamente armoniosas con el medio ambiente y los que no lo hicieron —como parece ser el caso de los Mayas y los pobladores de la Isla de Pascua, que no respetaron el medio ambiente— se colapsaron. La fiesta del desperdicio está terminando. Fue sólo un paréntesis y para las dos terceras partes de la humanidad ni siquiera empezó.

¿Cuál es la verdadera naturaleza del desarrollo? Voy a partir del comentario de un experto entre expertos, Henry Kissinger, ex secretario de Estado de relaciones internacionales de Estados Unidos. Le preguntaron: ¿qué es esto de la globalización? Y contestó: “sólo los estadounidenses son capaces de semejante cinismo, la globalización no es más que el nuevo nombre de la política hegemónica de EU”. Esto se tiene que tomar a la letra. La palabra antes de la globalización, el nombre de la política hegemónica de EU, era desarrollo (*development*).

Como Wolfgang Sachs lo ha definido muy bien, pero también Gustavo Esteva e Iván Illich, el desarrollo salió, el 20 de enero de 1949, de los cajones de Harry Truman, en el punto 4 del Discurso sobre el estado de la Unión. Antes el mundo era muy complicado, había imperios británicos, franceses, portugueses, etc. Los pueblos no eran iguales, había pueblos dominantes y dominados, metrópolis y colonias. Después de la Segunda Guerra Mundial había naciones muy distintas. Había diversidad y folklore. A partir de 1949, todos los pueblos se volvieron iguales, entonces todos pudieron ponerse en la línea de partida de la gran carrera, a ver quién iba a tener el PIB más elevado del orbe. Todos estaban tras el desarrollo, los pueblos del mundo fueron clasificados en función del resultado de la carrera, algunos eran desarrollados y otros subdesarrollados.

Se observó la necesidad de desarrollar a estos subdesarrollados, por ejemplo, vendiéndoles a los campesinos mexicanos —que tradicionalmente sembraban maíz—, tractores, pesticidas y, recientemente, maíz genéticamente modificado. Así, el beneficio para EU es doble, ya que, antes las empresas vendían sus productos en las colonias, ahora éstas abren sus mercados. Podemos decir que la globalización no es más que la consecución del desarrollo a través de otros medios.

Seguimos en la occidentalización del mundo y la colonización del imaginario. Y no nada más del imaginario, estamos en la economización del mundo, en la uniformización planetaria. Finalmente, la verdadera naturaleza del crecimiento y el desarrollo es la guerra: el crecimiento y el desarrollo son guerras contra la naturaleza, contra la tierra, contra los pobres, guerra contra el género humano.

El gran filósofo francés, Descartes, señaló que el hombre tiene que ser amo y dominador de la naturaleza. Los ingleses van más lejos, Francis Bacon dijo que hay que tratar a la naturaleza como prostituta, hay que apoderarse de ella.

Otras sociedades entendieron que formamos parte de la naturaleza y que había que vivir en armonía con ella. Ahora el nuevo discurso es dominar, saquear. Se destruyen los paisajes, se hacen minas, cruces de autopistas de tres o cuatro niveles, porque el automóvil tiene que pasar por todos lados. Es una guerra contra la madre tierra. La agricultura productivista es una agresión. Monsanto, una empresa que producía los gases de combate en Vietnam, ahora produce pesticidas. Tuvieron que reconvertir esos gases de combate y los transformaron en biocidas, es decir asesinos de la vida mediante pesticidas, insecticidas y abonos químicos. Las empresas que fabricaban nitroglicerina y dinamita, ahora fabrican abono para la tierra. Los que antes fabricaban tanques de guerra ahora fabrican tractores. El crecimiento y el desarrollo disparan contra todo lo que se mueve.

Con la sociedad del crecimiento, vamos camino a la sexta desaparición de las especies. La quinta fue la de los dinosaurios. Es una guerra a la cultura, se habla de cocalización y macdonalización del mundo, es decir, estamos ante una uniformización planetaria. Todo el mundo tiene que ser como el *american dream*. Están aniquilando la diversidad, transformando todo en mercancías. Asimismo, es una guerra contra los pobres. Lo que Iván Illich llamaba la guerra a lo vernacular, a la economía de subsistencia. Anteriormente la gente producía lo que consumía, ahora tienen que comprar todo lo que consumen. Ya no deben ser autónomos, tienen que ser totalmente dependientes del mercado.

Esto va más lejos con las máquinas, ya lo entendía perfectamente el gran filósofo Günther Anders, que escribió un libro fundamental pero no muy conocido, *La obsolescencia del hombre*. El hombre se volvió obsoleto porque ya no se necesita a los hombres. Incluso en las sociedades con crecimiento muy fuerte el hombre ya es inútil. No se crean empleos, las máquinas hacen todo. Como ya no se necesita al hombre, fácilmente se le aniquila. El sueño de Adam Smith se volvió una pesadilla. Es el quiebre de la felicidad prometida porque esta sociedad de crecimiento engendra desigualdades sin límite.

Las distancias entre el Norte y el Sur, desde el siglo XVIII, han crecido enormemente. Teníamos desfases que eran de 1 a 2 o 1 a 3, luego pasamos de 1 a 30, ahora estamos entre 1 y 100. Esa es la brecha entre países ricos y pobres. Incluso entre los países desarrollados hay distancias astronómicas. Con el crecimiento los costos se han vuelto superiores a los beneficios y las ventajas.

Herman Daly, Economista Jefe del Departamento Ambiental del Banco Mundial—que renunció mucho antes que Stiglitz—, había entendido que el crecimiento medía el bienestar estadístico pero no el bienestar real y que en tanto existían costos que era necesario sustraerlos.

Para EU, entre 1950 y 2000, la curva del crecimiento del PIB *per capita* es casi continua. Sin embargo, el Producto Interno Neto tiene una curva que no lo es, puesto que hay que sustraer los costos de compensación y de reparación, hay que reparar al hombre, compensar el estrés, las depresiones y el entorno destruido. Hasta los años setenta tuvimos los “treinta gloriosos”, el crecimiento estadístico correspondía a cierta mejoría de vida de la población en EU y Europa. Fue un verdadero progreso del bienestar, no hablemos de felicidad porque es más problemático, pero digamos que había un genuino aumento de bienestar social. Después de los años setenta, los costos del crecimiento se volvieron superiores al beneficio y esto se acentúa cada vez más. Esta curva ya no se invertirá. Podemos hacer que suba la curva con la especulación, pero no vamos a mejorar el producto neto. La población en realidad no va a mejorar su nivel de vida.

Existe un instituto en Inglaterra que se llama The New Economic Foundation que hizo trabajos para evaluar la felicidad, con una parte objetiva—como la salud, la educación, etc— y una parte subjetiva—porque hay gente que tiene altos ingresos y se suicida o se deprime, o sea, no son realmente felices—. Diseñaron un índice de felicidad: Happy Planet Index. El resultado es bastante interesante. Retomando la idea de los juegos olímpicos, clasificaron a todos los países a partir del índice de felicidad. Para 2009, el primer campeón fue Costa Rica, el segundo República Dominicana, tercero Jamaica, cuarto Guatemala, quinto Vietnam, luego Colombia y en el lugar 114 se ubicó EU. En el 2006, el campeón era Vanuatu, el segundo Colombia—que fue rarísimo—, el tercer lugar Costa Rica, EU, casi al final, estaba en el lugar 156. Por supuesto, esto no es propiamente científico, el PIB tampoco lo es. Pero revela un fracaso total: destruyeron al planeta y ni siquiera las personas son felices.

Estamos asistiendo en directo al desmoronamiento de la civilización occidental. Esta es la descolonización del imaginario: estamos pasando del sueño inicial a la pesadilla. La civilización del crecimiento está muriendo. Nos ubicamos en un sitio que describe muy bien el gran filósofo de nuestro tiempo Woody Allen: llegamos al entrecruzamiento de dos caminos, uno nos lleva a la desaparición de la especie y el otro a la desesperación absoluta. Espero que la humanidad tome la decisión correcta.

El primer camino es la sociedad del crecimiento, que nos lleva a la sexta desaparición de las especies, que hemos puesto en marcha ya. Y el segundo camino es lo que estamos viviendo desde septiembre de 2008, la crisis, la recesión, la depresión, es decir, una sociedad de crecimiento sin crecimiento.

No hay nada peor que una sociedad basada en el empleo con millones de desempleados, es absolutamente traumático. Hay gente que no tiene recursos y el Estado tampoco.

Los presupuestos públicos ya no bastan para financiar el funcionamiento de las universidades y los hospitales. ¿Qué les queda a los pobres? Nada más les queda reventar y morir. Ya no hay manera de sostener la vida civil. Lo que nos condena a la barbarie. Una sociedad de crecimiento sin crecimiento no puede ser más que una sociedad bárbara.

Afortunadamente, existe una tercera vía: el proyecto del decrecimiento, el de la sobriedad elegida. Que decidamos consumir menos, pero hacer cosas mejores a condición de compartir. Hay que salir de la toxicoddependencia, que nos lleva a consumir más y más este pastel envenenado. Hay que cambiar la receta del pastel y hay que compartirlo de una manera más equitativa y esto es lo que está haciendo el movimiento por la desaceleración económica.

Como sostenía Antonio Gamsci, hay que temperar el pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad. Si vemos las cosas racionalmente es terrible lo que está pasando. Pero, por ejemplo, en Bolivia o con la nueva constitución de Ecuador la naturaleza se vuelve sujeto de derecho, es decir, vemos que las cosas sí pueden cambiarse.

Estoy reescribiendo un libro que me hubiera gustado llamarlo el *tao* del decrecimiento, justo debido a que la ética es la vía del decrecimiento. Lo es a través de una doble vía: como ética personal y proyecto político. Me gustaba la idea de Iván Illich acerca de practicar el tecnayuno. Es cuestión de limitarnos, como los cristianos que se limitan el viernes a no comer algunas cosas. Es decir, voy a seguir teniendo computadora pero me niego a tener celular, decidí ya no tener televisión porque es uno de los mejores medios de intoxicación mental. Pero no se trata solamente de cambiar el comportamiento, se trata de una limpieza de vida y de un aseo mental, sin embargo, aunque la dimensión ética es muy importante, el decrecimiento también es un proyecto político de transformación de la sociedad. Para realizar este proyecto vamos a necesitar técnicas y ciencias. Impulsando que la ciencia prometeica occidental, esta ciencia agresiva contra la naturaleza, asuma el paso hacia una ciencia que observe la naturaleza y trate de reducir nuestra huella ecológica. Por ejemplo, el uso intensivo de la bicicleta es muy moderno, pero es una invención convivial. También la máquina de coser fue una invención convivial porque Singer, aunque era un capitalista, lo hizo por amor a su mujer, es una máquina que fue hecha por amor. No es lo mismo que una invención como los organismos genéticamente modificados, que son concebidos para generar ganancias. Tenemos que centrarnos en técnicas que no sean propuestas por las grandes trasnacionales, más ahora que hasta las universidades están en manos de las trasnacionales. Se requieren investigaciones democráticas, ya que, no todos tenemos la posibilidad de hacer investigación. En Francia, se abandonaron las

investigaciones en agrobiología, porque, supuestamente, no eran rentables. Tenemos que decidir si queremos desarrollar la medicina, inventando nuevas moléculas químicas, o si preferimos prevenir, que la gente coma mejor, se comporte mejor y no se vuelva obesa. Se necesitan nuevas ciencias, nuevas investigaciones.

Es importante aclarar: no se trata de volver al pasado. Lo que tenemos que retomar del pasado es la idea de una sociedad sobria, más humana, en armonía con la naturaleza. Pero, esto es fundamental, con técnicas mejoradas, en particular en la agroecología y en el agroforestal.

Además, están los servicios. Mientras en la economía de los servicios actuales éstos son inmateriales, pero requieren desgraciadamente una base material, sobre todo cuando se trata de servicios mercantiles; en el proyecto del decrecimiento se propone desarrollar los servicios no mercantiles, como la amistad o el saber, cuando el servicio no está patentado. Imagínense que Arquímedes hubiera patentado su teorema, tendríamos que pagar cada vez que lo usáramos. Ahora ustedes pueden utilizar ese teorema, en cambio una herramienta informática desarrollada por Billy Gates no se puede usar sin pagar derechos. Precisamente, en el proyecto del decrecimiento ya no vamos a consumir varios *gatges* que se van a ir a la basura. Vamos a tener para toda la vida una sola computadora, la vamos a reparar y reciclar. Ya no vamos a tener tantos libros; vamos a tener –como decimos en francés– menos bienes pero más vínculos.

Para los que dicen que el calentamiento global es una mentira, si lo fuera Copenhague no hubiera sido un fiasco. Hugo Chávez había leído algo en las paredes de Copenhague y lo retomó en su discurso ante los jefes de Estado, fue extraordinario. Dijo: “si el clima fuera un banco, hace mucho que ya lo habrían salvado”. El calentamiento global es desgraciadamente una realidad. El IPCC (Inter-Governmental Panel on Climate Change o Panel Intergubernamental del Cambio Climático) de la ONU, que agrupa a 300 mil científicos del mundo, ha demostrado que el mecanismo del calentamiento global existe.

De lo que estamos seguros, desgraciadamente, es que, si incluso detuviéramos todo el consumo de aquí hasta el final del siglo, ya estamos condenados a dos grados de aumento de la temperatura mundial. Podría decirse que dos grados no es nada, pero se van a producir miles de refugiados debido a los desastres. Los africanos no lo podrán soportar, van a tratar de emigrar, qué van a hacer con millones de gente de Bangladesh que ya no tendrán posibilidad de producir con sus tierras y perderán incluso posibilidades de sobrevivir. ¿Los van a meter a un campo de concentración?

Para evitar la catástrofe, que ahora ya no es evitable, lo que necesitamos hacer es limitar la catástrofe y manejarla.